



Bendición

Cuando, por un decreto de las supremas potencias,
el Poeta aparece en este tedioso mundo,
su madre espantada y llena de blasfemias
crispa los puños hacia Dios, y este la compadece:

—«¡Ay, mejor hubiese parido un nido entero de víboras,
en vez de abrigar esta irrisión!

¡Maldita sea la noche de los efímeros placeres
cuando mi vientre concibió mi expiación!

Ya que me elegiste de entre todas las mujeres
para ser el disgusto de mi triste marido,
y que no puedo arrojar a las llamas,
cual carta de amor, este monstruo encogido,

¡haré recaer tu odio que me agobia
sobre el maldito instrumento de tus maldades,
y retorceré ese miserable árbol de tal manera
que no podrá echar sus apestados retoños!»



Así se traga ella la hez de su odio,
y, sin entender los eternos designios,
ella misma prepara desde la remota Gehena
las hogueras consagradas a los crímenes maternos.

Pese a ello, bajo la invisible tutela de un Ángel,
el Niño desheredado se embriaga de sol,
y en todo lo que bebe y en todo lo que come
encuentra la ambrosía y el néctar bermejo.

Juega con el viento, charla con las nubes,
se embriaga cantando con el vía crucis;
y el Espíritu que le acompaña en su peregrinación
al verle tan alegre cual ave silvestre, llora.

Todos a los que él quiere amar le observan con temor,
o bien, alentándose con su tranquilidad,
buscan al que sabrá sacarle un lamento,
y con él experimentan su ferocidad.

En el pan y el vino destinados a su boca
mezclan esputos impuros con cenizas;
con hipocresía tiran lo que toca,
y se culpan por haberle seguido las huellas.

Su mujer va gritando en las plazas:
«Ya que me encuentra lo bastante hermosa como para
[adorarme,
desempeñaré el oficio de las antiguas estatuas,
y como ellas quiero que vuelvan a dorarme;

y me emborracharé de nardo, de incienso, de mirra,
de genuflexiones, de carnes y de vinos,
para saber si puedo en un corazón que me admira
¡usurpar riéndome los divinos honores!

Y, cuando me canse de esas farsas impías,
posaré sobre él mi endeble y poderosa mano;
y mis uñas, como uñas de harpías,
sabrán hasta su corazón abrirse un camino.

Cual jovencísima ave que tiembla y palpita,
arrancaré ese corazón tan rojo de su pecho,
y, para saciar a mi bestia favorita,
¡con desdén se lo tiraré al suelo!»

Hacia el Cielo, donde su ojo ve un espléndido trono,
el sereno Poeta alza sus piadosos brazos,
y los vastos relámpagos de su espíritu lúcido
le arrebatan el aspecto de los pueblos furiosos:

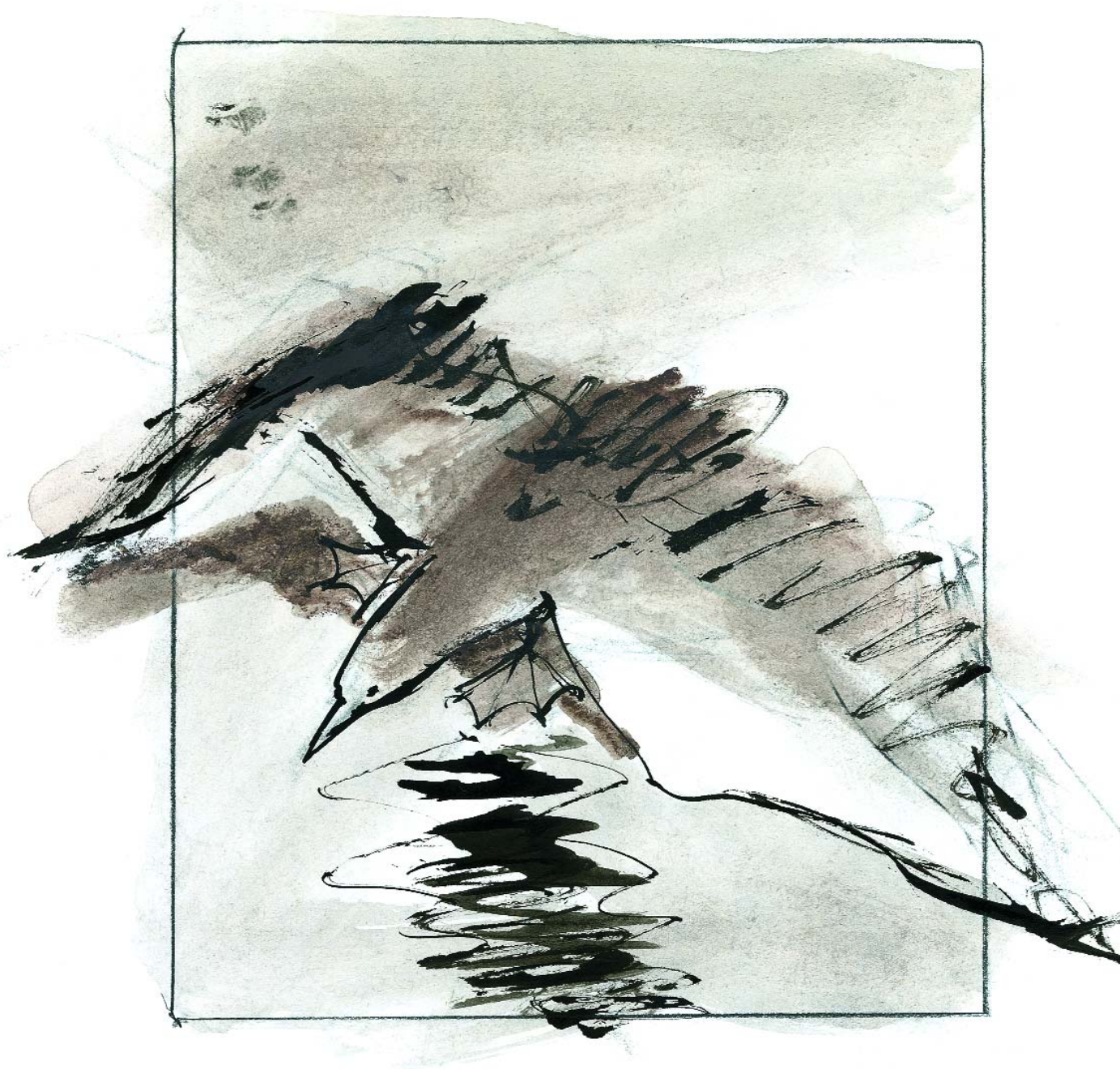
—«¡Bendito seas, Dios mío, que das el sufrimiento
como divino remedio de nuestras impurezas
y como la mejor y la más pura esencia
que prepara a los fuertes para las santas voluptuosidades!

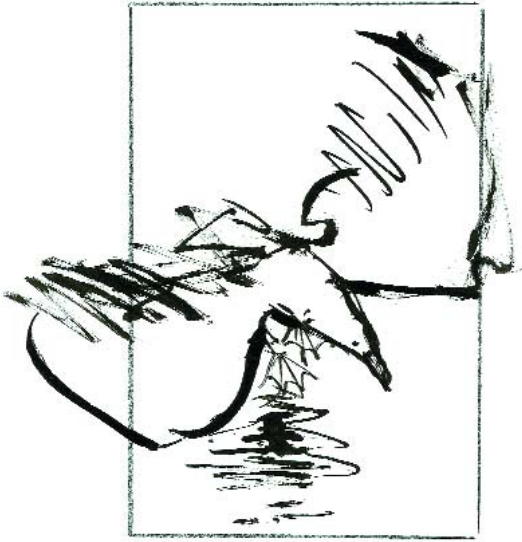
Sé que reservas un sitio al Poeta
en las bienaventuradas filas de las santas Legiones,
y que le invitas a la eterna fiesta
de los Tronos, las Virtudes, las Dominaciones.

Sé que el dolor es la nobleza única
donde jamás harán mella la tierra y los infiernos,
y que es preciso para trenzar mi corona mística
contar con todos los tiempos y todos los universos.

Pero las alhajas perdidas de la antigua Palmira,
los desconocidos metales, las perlas del mar,
por tu mano montados, no podrían bastar
a esta hermosa diadema deslumbrante y clara;

porque solo estará hecha de pura luz,
extraída del santo fogón de los rayos primitivos,
y del cual los ojos mortales, en su entero resplandor,
¡no son más que espejos oscurecidos y lastimeros!»





El albatros

A menudo, para divertirse, los hombres de la tripulación cogen albatros, vastas aves de los mares, indolentes compañeros de viaje, que siguen a la nave que se desliza en los amargos abismos.

Recién depositados en las tablas, estos reyes del azur, torpes y vergonzosos, dejan lastimosamente sus grandes y blancas alas arrastrarse cual remos a sus lados.

Este viajero alado ¡cuán torpe y abúlico es! él, antaño tan bello ¡cuán feo y cómico es! uno, con su pipa, provoca su pico, otro, cojeando ¡imita al lisiado que volaba!

El Poeta es parecido al príncipe de las nubes que asedia la tempestad y se ríe del arquero; exiliado en el suelo bajo el abucheo, sus alas de gigante le impiden caminar.



Elevación



Por encima de los estanques, por encima de los valles,
de las montañas, de los bosques, de las nubes, de los mares,
más allá del sol, más allá del éter,
más allá de los confines de las esferas estrelladas,

espíritu mío, te mueves con agilidad,
y, cual buen nadador que se emociona con las olas,
surcas alegremente la inmensidad profunda
con inefable y masculina voluptuosidad.

Echa a volar muy lejos de estos miasmas mórbidos;
ve a purificarte en el aire superior,
y bebe, como un puro y divino licor,
el claro fuego que llena los espacios límpidos.

Detrás de los tedios y las vastas penas
que con su peso entorpecen la brumosa existencia,
afortunado aquel que puede con un ala vigorosa
alzarse hacia los campos luminosos y apacibles;

él, cuyos pensamientos, como las alondras,
hacia los cielos alzan por la mañana un libre vuelo,
¡quién se eleva sobre la vida y entiende sin esfuerzo
el lenguaje de las flores y de las cosas mudas!